

PALABRAS QUE VUELAN



Italia Isadora Samudio
Reyes¹⁴

En el año 2008 viajábamos semanalmente desde El Carmen de Bolívar hasta Cartagena a realizar nuestros talleres de Memoria y Comunicación con jóvenes de familias desplazadas de todos los municipios del territorio. En la esquina de un semáforo, un señor vio los logos de nuestra organización estampados en las puertas del carro y se detuvo bruscamente para luego, con sus manos, gesticular la señal

de la cruz. Veníamos de Montes de María, el lugar donde la gente era asesinada y desaparecida por decenas en un solo día. El señor nos miró con ese gesto compasivo con que se mira a los moribundos. Eso éramos para el resto de Colombia: más muertos que vivos. Y esa identidad etérea, aterradora e impuesta, traspasó al territorio en un titular de cualquier periódico, dibujando así las fronteras de la guerra: una tierra de bandidos, una tierra de guerrilleros, una tierra paramilitar; al final, los únicos sin tierra fuimos nosotros. Fantasmas sin tierra.

Los muertos dejaron de contarse cuando llorarlos se volvió también sentencia de muerte, tal como ocurre hoy. Los grandes clanes familiares del poder en esta parte del país han acudido históricamente a todas las formas de violencia conocidas —y también a las más perversas— para que nuestros muertos sirvan a su único propósito: las tierras. Matando un liderazgo la comunidad queda inerme, el desplazamiento se hace inminente y el botín de tierras empieza a repartirse. Cuando la urgencia de tierras para monocultivos y para el tráfico de drogas y armas

¹⁴ Antropóloga. Magíster en Etnografía Contemporánea. Coordinadora Área de Investigación. Colectivo de Comunicaciones Montes de María Línea

en Montes de María los apremió, apelaron a las masacres que duraban días y noches. Combinaron amenazas, secuestros y torturas con compras y ventas de miles de hectáreas de tierras.

Quien controla las tierras en Colombia controla la economía —no importa ya si esa economía es legal o no— y, en esa ecuación simple, las poblaciones estorbamos. Durante la primera década de este siglo el ensañamiento fue tal que no hubo tiempo para nada más que para salvarse, dejarlo todo y sobrevivir. Madres y críos a su suerte en los semáforos de las capitales, jóvenes sin futuro arando el hambre, ancianos sin hogar buscando sus hijos desaparecidos, mujeres violadas y enmudecidas de dolor, todos huérfanos de la guerra. Pero lo más difícil de sobrellevar fue el silencio impuesto que decidía y hacía por nosotros, excluyéndonos del tiempo de la memoria y de la promesa de un futuro distinto. Nuestra identidad era impostada con titulares rojos y con proyectos económicos y militares legales e ilegales que llegaban a fundar, porque todos se saben conquistadores en la tierra que nadie reclama. Por eso nos callaron y por eso también es que resistimos.

Sin embargo, las comunidades hoy no estamos dispuestas a vivir otra eternidad de yugo y miedo porque en la partitura de la guerra el corrolato de la resistencia es un mandato de dignidad que se teje, se canta, se siembra y se cuenta a pesar de todo y de todos. Ponerle nombre a esta realidad como impronta es el traba-

jo que desempeñan las organizaciones sociales en nuestro país, porque para sobrevivir hay que juntarse, hablar y escucharnos, pensar juntos.

Es así como también surge nuestro Museo Itinerante de la Memoria y la Identidad de los Montes de María, el Mochuelo. Allí es el territorio quien narra, sin más mediación que su propia voz política y transformadora, ya no solo como víctimas o como sobrevivientes, sino como los autores legítimos de una forma de ser y estar en nuestros territorios. Hemos escuchado y visibilizado historias desde hace 25 años porque creemos firmemente que en ese acervo de narraciones podremos recuperar lo despojado, pero también lo imaginado. Narramos para vivir.

Cada visitante hace del museo una experiencia íntima y reveladora en su recorrido. La joven estudiante de colegio recuerda los cantos de vaquería de las sabanas y escucha a los viejos y viejas sabias hablar sobre la importancia de hacer para servir, siempre en función de lo común, como en las ruedas de gaita. Y los jóvenes campesinos recorren el camino del tejido fuerte de la hamaca, o del lumbalú cadencioso, para luego mirarse al espejo y descubrirse parte de una historia que es suya, como su territorio. Llegan al centro del museo, donde está ubicado un árbol con cientos de hojas que llevan cada una los nombres de las víctimas de la violencia en Montes de María, y buscan a sus madres, a sus hijos, al líder asesinado el mes pasado, el año pasado, el siglo pasado.

Estas son las historias que hoy cuenta y al tiempo crea el Museo Itinerante de la Memoria y la Identidad de los Montes de María, que representa el ave emblemática del territorio, el Mochuelo. Como estrategia simbólica —y, por lo mismo, también política—, las narraciones que lleva en su vuelo acompañan el viaje por la memoria colectiva de nuestros pueblos, rompiendo el silencio que nos hizo ajenos. Sus historias distan en mucho de lo que imaginábamos sería el territorio en el futuro y por eso su itinerancia por la memoria desafía los tiempos presente y futuro. Para nosotros, la memoria no es otra cosa que el camino a seguir para recuperar nuestros viejos sueños.

Hemos visto a los ojos a la muerte y sabemos que su recorrido avanza sin tregua en cada rincón del país. Pero nadie se acostumbra al horror a menos que no lo haya vivido, sentido, escuchado; es por eso que el silencio es su mayor cómplice. Tal vez allí hay muchas respuestas a nuestra situación hoy y tal vez muy pocas preguntas, y menos aún oídos en medio de tanto ruido absurdo. Habrá que aprender a volar y a cantar, como anteriormente hacía el Mochuelo, «cuando tenía libertad en los Montes de María».

Este artículo es posible gracias al trabajo, la reflexión y el compromiso de todo el equipo del Colectivo de Comunicaciones Montes de María-Premio Nacional de Paz 2003 y del Museo Itinerante de la Memoria y la Identidad de los Montes de María. ■